

bre política internacional. Pues bien; si analizamos esos discursos por debajo de su magnífico patetismo, hallaremos una intuición muy aguda de las reales necesidades y las reales posibilidades que la vida española presenta, sólo que ésta se haya a su vez esclarecida y ordenada por la línea directriz de un pensamiento filosófico —el intelectualismo doctrinario en la primera época, el irracionalismo tradicionalista en la segunda— que se expresan a través de una retórica, en la cual, con razón, se ha podido elogiar tanto la brillante frondosidad como el riguroso ensamblamiento de las ideas. Por otra parte, si pensamos en la reforma constitucional de 1845 o en sus despachos diplomáticos, esto es, en aquella parte de su obra que nos hace pensar en el «frío político», encontraremos que los mismos supuestos intelectuales y el mismo palpito esencial ante el mundo, se hallan presentes —piénsese, por ejemplo, en la esforzada voluntad de nacionalización del liberalismo de la reforma constitucional—, o en la consideración del carácter providencial de la obra napoleónica en sus despachos diplomáticos— lo que ocurre es que aquí la emoción se halla frenada por el carácter mismo del objeto de que se ocupa. Vemos, pues, que las virtudes que hacen posible el «cálido retórico» —esto es, el sentido transpolítico de la Historia, la palpitación ante la situación del mundo moderno, la emoción religiosa incluso—, se hallan también en el «frío político», y que las virtudes del «frío político» —la buena información, el rigor intelectual, la agudeza, el orden— se hallan también en el «cálido retórico». Y otro tanto podemos decir de los defectos. La tendencia a esquematizar la realidad de un modo excesivamente polémico —lo que se ha llamado con exageración, pero no sin cierta razón, su maniqueísmo—, que parece propia

del modo retórico, se halla también en el político. Baste ver para ello sus despachos diplomáticos desde Berlín. Igualmente cierta incompreensión, por desgracia común a todos los españoles de entonces, ante lo económico, late igual en sus escritos políticos (ni una sola mención del desarrollo industrial francés o alemán en sus despachos diplomáticos, por ejemplo) que en lo retórico —la incompreensión total de la relación entre industrialismo y socialismo, por ejemplo—, lo mismo puede decirse del carácter un poco estrechamente confesional en el *Ensayo* (dimensión «retórica») o en sus despachos diplomáticos desde Berlín (dimensión «política»).

Igualmente complementarios y no contradictorios son en él el liberalismo doctrinario y el tradicionalismo. Ya Cánovas vió con razón que, en ambos casos, existía un pesimismo respecto a la voluntad humana, sólo que en la primera época fué la inteligencia lo que reinaba sobre la voluntad y en la segunda se sustituyó la inteligencia por Dios. El valor de su doctrinarismo y el de su tradicionalismo, por otra parte, parecen haber consistido, sobre todo, en radicalizar y profundizar —esto es, españolizar en el buen sentido de la palabra—, pero también esquematizar en exceso y vaciar un poco de contenido concreto social-económico —esto es, españolizar en el sentido deficiente— el pensamiento francés. Sin caer en la exageración de Menéndez Pelayo, que no veía en Donoso de español más que el lenguaje, resulta evidente que tanto las ideas del liberalismo doctrinario como las del pensamiento contrarrevolucionario francés, constituyen la base del pensamiento donosiano. En la primera época, al «desecularizar», por decirlo así, los supuestos del pensamiento francés y endurecer sus construcciones, dándolas un aire absoluto (véase, por ejemplo, las lecciones del